

**¿RACIONALIDAD ECOLÓGICA CAMPESINA? BUSCANDO UNA RESPUESTA A LA  
LUZ DEL ACTUAL CONFLICTO AGRARIO PAMPEANO.**

Daniel Piccinini

Voy a aprovechar el conflicto agrario que se produjo a comienzos de este año alrededor de la oposición de los diferentes sectores agrarios pampeanos a la aplicación de las retenciones móviles – la tan mentada Circular 125- para repensar algunas cuestiones de más largo alcance que nos viene preocupando en las ciencias sociales.

Para resumirlo rápidamente, me refiero a la capacidad de la agricultura campesina/familiar/doméstica para asegurar una agricultura sostenible en el contexto de nuestra estructura agraria.

Para abordar esta cuestión primero voy interpretar la posición adoptada por los productores familiares pampeanos en el conflicto en torno a la aplicación de las retenciones móviles que apuntaron particularmente a la producción sojera. Esto con el fin de poder situarlos en su relación tanto con el perfil productivo que defendían como con el resto de la estructura agraria regional.

Luego, y a partir de la interpretación de esos acontecimientos, intentaré someter a prueba la hipótesis según la cual la economía familiar supone una racionalidad económica ecológicamente sustentable y opuesta a una agricultura especulativa.

De modo que, retomando la terminología política en curso entre los medios de comunicación y entre los propios agentes involucrados, comenzaré hablando del “campo” y del conflicto agrario de este año. Para jugar un poco con las palabras la primera cuestión que quisiera resolver en este asunto es si estamos ante un frente de clases o, sobre todo, ante una clase que “va al frente”, aun si, desde luego, una cosa no descarta la otra.

Se ha señalado repetidamente que el “campo” es una hipóstasis que esconde la heterogeneidad de las clases sociales que lo componen. Si bien esto es indiscutible, tampoco es menos cierto que en el curso del conflicto de este año el “campo” –al menos el pampeano- no fue sólo un campo social de disputa de capitales entre sus actores –para decirlo “a la Bourdieu”- sino que también fue, sobre todo, un campo político común, una coalición de muy diversas de clases sociales que actuaron como un sólo actor identificándose tras “los intereses del sector”. Y allí si, por supuesto, estamos ante un campo

social que no sólo puede tener disputas, sino también hegemonías. Las condiciones de esas hegemonías es lo que hoy pondremos sobre la mesa.

La situación alcanzó características inéditas por el grado de compromiso de la Federación Agraria Argentina en el conflicto. Compromiso, claro está, no es hegemonía; la misma hay que buscarla más en las condiciones de funcionamiento del sistema que en el comportamiento directo de los actores.

Pero ya habían existido algunos antecedentes similares: a comienzos de los 70 ya había habido una “Comisión de Enlace” (sic) de las cuatro entidades, que justamente se habían reunido preocupadas por la introducción de las retenciones por parte de Krieger Vassena. Tal vez desde entonces sea posible detectar un discurso de la Federación Agraria Argentina cada vez más identificado con el sector agropecuario en su conjunto que con la clase de los productores familiares. Lo que tal vez refleja una serie de transformaciones sociológicas que Javier Balsa estudió en detalle entre los productores pampeanos. De hecho, haciendo un poco de memoria, por esa misma época, en 1970, se produce en el Chaco una movilización -“El Cabildo Abierto del Agro”- que será el origen de la Ligas del NEA que identificaba, según narra Jorge Roze, a tres enemigos del productor chaqueño: el Plan Agrex que era un proyecto privado de ocupación de tierras que promovía la familia Lanusse; los monopolios de la comercialización y la Federación Agraria Argentina, que representaba más a los intereses de sus asociados pampeanos que a los de las otras regiones.

De modo que, para volver a nuestros días, más allá de las heterogeneidades del campo social, habrá que reconocer que en la agricultura pampeana actual el frente de clases construyó un campo político común, lógicamente una vieja aspiración de las fracciones más poderosas del sector que finalmente la Federación Agraria supo concretar. Pero esta vez no parece haberlo hecho tanto desde las cúpulas dirigentes como desde la misma movilización de las bases que ocuparon las rutas y que, por supuesto, no pueden ser -por mera cuestión numérica- la masa de societarios de la Sociedad Rural.

Un par de semanas después del acto en Gualeguaychú que abría la tregua de abril, hubo otro acto en Paraná donde Estanislao Marcó, referente de los Autoconvocados, mostró cuatro dedos de su mano derecha señalando que representaban a las cuatro entidades agrarias. Luego, según un cronista de Página 12, desplegó el pulgar y dijo: “Con este quinto dedo, el de los Autoconvocados, la mano está bien lista para agarrarlos de donde corresponda”.

La imagen no puede ser más explícita para ilustrar el encolumnamiento de todos los “productores” encuadrados o no en sus corporaciones tras la bandera, obviamente muy liberal y Ruralista, del libre comercio. Esto suscita algunas cuestiones sobre la base social, al menos actual, de la Federación Agraria y de los Autoconvocados que fueron los más militantes en los piquetes. Ya que encontrar en esta barricada y bajo esa concepción a la

alianza CARBAP/SR e incluso CONINAGRO, resulta menos sorprendente. Cuestiones que seguramente irán siendo contestadas en este panel.

Pero, de todas formas, me interesa detenerme antes un segundo sobre la caracterización en términos teóricos muy generales de esa base social. Más adelante introduciré la cuestión de fondo de si existe algo así como una racionalidad ecológica que pueda ser atribuida en particular a cada clase social agraria y por lo tanto a los productores familiares sobre quienes me detendré en particular. Creo que el conflicto de este año provee un marco fáctico válido para hacer una reflexión en este sentido. Reflexión que encuentra lugar hoy y aquí, ya que las consideraciones que hará el Ingeniero Sarandon sobre la sustentabilidad de la actual agricultura podrá iluminarnos más sobre las consecuencias ambientales de la misma.

En primer lugar, quisiera subrayar la validez (o no) de pensar a cualquier productor agrario familiar en términos de la discutida categoría de “campesino”. La cosa viene a cuento porque, por un lado la base histórica de la Federación Agraria ha sido la producción familiar más o menos capitalizada según las épocas y, por otro, porque efectivamente existe un pensamiento ambientalista que cree poder detectar en el campesino la garantía de una agricultura sostenible por la propia racionalidad ecológica de la cual él sería el natural portador.

La categoría conceptual de “campesino” corresponde a un agente productivo definido por una determinada relación social de producción: el sujeto vende en el mercado el producto del trabajo familiar. Ahora bien, su persistencia en ese mercado depende más de los avances y retrocesos de sus competidores capitalistas que de los precios que allí se fijen ya que, según el conocido argumento de Chayanov, el precio que busca el campesino no es el precio de producción que calcula el capitalista. De hecho, los especialistas en el tema suelen subrayar que los campesinos saben desempeñarse exitosamente en condiciones de precios que desalentarían a los capitalistas. El problema de la persistencia de la agricultura campesina en el mercado estaría entonces más en la mayor capacidad de destrucción de la competencia que posibilita la concentración económica capitalista que en la “realidad de los precios” que reclamó con tanta vehemencia la Federación Agraria durante este conflicto.

Siendo así ¿por qué entonces los pequeños productores pampeanos hicieron frente común con sus sepultureros reclamando que no se intervenga en la administración pública de los precios? Hay a esto una respuesta de sesgo culturalista que argumentaría que el estilo de vida del productor pampeano es más propio de un “burgués” que de un “campesino” y su ideología respondería a ese status social. Es posible que esto sea cierto, pero en términos estructurales –y allí es donde actúan las variables económicas que estaban en disputa- no se sería menos “campesino” por rodar en una 4x4, mandar a su hija a la Universidad o seguir los cursos de la bolsa de cereales de Chicago por Internet.

De todas formas la cuestión cultural –hoy tan de moda en la Geografía- es interesante de retener para discutir más adelante el tema de la racionalidad ecológica que, según algunos, parece subyacer en la estructura de producción familiar, que a su vez sería coherente con el mundo de las representaciones simbólicas campesinas opuestas en principio a ver en la naturaleza una fuente de riqueza en vez de una garantía de supervivencia.

Ahora bien, volviendo a nuestra definición de los actores sociales que nos ocupan, si no se es menos campesino por tener una 4x4, no se es tampoco menos terrateniente por obtener ingresos de la renta de escasas 100 o 200 has. Esto ya lo señaló Balsa en su libro sobre el “desvanecimiento del mundo chacarero”. Sabemos que en el desplazamiento de los productores familiares pampeanos por sus sepultureros, algunos perdieron todo contacto con las actividades agrarias, pero otros se transformaron en terratenientes minifundistas y sus ingresos dependen obviamente del de sus arrendatarios capitalistas que pueden llegar incluso a pagar una renta superior al beneficio que se hubiera obtenido por la explotación directa del predio familiar, ya que su productividad es mucho más elevada. Ante semejante perspectiva y ante la posibilidad de reinvertir ese dinero en un fondo agrícola para sumarle a la renta del suelo, la renta financiera ¿qué sentido tiene para un pequeño propietario enfrentarse a un gran capitalista? Viene al caso aquí recordar qué contestó Buzzi al tímido reclamo de reforma agraria de un asistente del público al acto de Gualeguaychú: “nuestro el problema no está en el campo, sino en los subsidios de los que goza la industria alimenticia”.

Tal vez podría pensarse que finalmente la base de la Federación Agraria es hoy más terrateniente que campesina. Siendo quizás en parte cierto, me temo también que esto sería un poco exagerado. No creo que la mayoría de los productores familiares pampeanos que no han desaparecido se hayan transformado en rentistas, aún si la renta y, más aún la prestación de servicios, deben formar una parte importante de sus ingresos, lo que sin duda debe ser tenido en cuenta en lo que respecta a su racionalidad económica (y ecológica). En todo caso, es aquí donde podría estar el nudo del problema de la caracterización social del chacarero pampeano actual.

Pero me parece que, como sea, ese discurso político de la Federación Agraria se corresponde más bien con la esperanza de su base de que un boom mercantil los descampesinice “hacia arriba”. Recordábamos con Ariel Aramayo una pregunta que hizo Buzzi en esa misma ocasión: “Quieren una burguesía nacional ¿Y para qué estamos nosotros?”, haciendo referencia a la búsqueda kirchneriana de un capitalismo nacional. Eso es clásico, yo diría normal, de las clases medias y tal vez pueda explicar el lado ideológico de su curiosa alianza con sus sepultureros.

Pero si hay que tomar en consideración los aspectos culturales para comprender los procesos sociales, creo que habrá que considerar en primer lugar los aspectos estructurales que definen las aspiraciones de cada clase social. Y la pequeña-burguesía no puede renunciar tan fácilmente a sus aspiraciones burguesas, como nos lo recordaba allá por los 70 el entrañable Manolito, el hijo de almacenero con sus sueños de devenir un Coto.

Sin embargo, pensando siempre estructuralmente en los actores sociales involucrados en el conflicto, alguien bien podría preguntar: ¿Y cómo explicar la actitud francamente patronal de la UATRE, pretendiendo constituirse en el monstruoso sexto dedo negociador de la mano ruralista? Tal vez pueda empezar a responderse a las preguntas anteriores desde este caso extremo y tomando un camino poco transitado; el de un tema hoy muy poco o nada evocado porque está absolutamente devaluado a pesar de lo difundido de las perspectivas post-estructuralistas: el de la alienación.

El de la alienación es un tema muy amplio y complejo y aunque como cuestión sociológica está necesariamente cruzada de numerosas contradicciones, nunca deja de ser interesante hacerse preguntas sobre ella cuando de acción social se trata. También en la cuestión puntual de las retenciones podría uno intentar abordarla aunque sea como una de las numerosas formas posibles de responder a nuestros interrogantes. Ya verán que, naturalmente, no es casual que yo traiga el tema para introducirme desde la realidad política de nuestros días en la cuestión de la racionalidad ecológica campesina.

En la conflictiva realidad política actual que estamos tratando se discute entonces el tema de las retenciones a las exportaciones agropecuarias. Como sabemos, los exportadores las trasladan hacia atrás, e incluso a valores más altos que los reales ya que calculan sobre el precio FOB, y cuando se enteraron de que se introducirían las retenciones móviles, se apuraron a comprarle a los productores con la tasa aún vigente especulando con supuestas ventas a futuro a precios más elevados. Consiguen de esa manera aumentar sus márgenes de ganancia al declarar, al momento de ellos realizar la venta, haber descontado una retención mayor, diferencia sobre la cual no pagarán impuestos. Una maniobra evasiva que nada tiene de sorprendente cuando se sabe que es corriente que incrementen sus ganancias subfacturando a sus filiales compradoras: según salió en los diarios el principal comprador de soja de Cargill Argentina sería Cargill Uruguay.

¿Por qué entonces los pequeños productores recordaban con énfasis el subsidio con fondos de las retenciones a la producción alimentaria destinada al mercado interno y dejaban de lado las maniobras de las comercializadoras que son las que les afectan más directamente?

¿Por qué reclamaban al gobierno la derogación de las retenciones – en el ya mencionado acto De Angeli decía: “ahora nos proponen el reintegro de las retenciones: para eso que no las cobren y listo” - y no la nacionalización del comercio externo que permitiría una administración social de los precios que en definitiva los cubriría a ellos de las fluctuaciones hacia abajo como las que ya comenzaron a verse con la actual crisis financiera mundial?

¿Por qué insistían tanto sobre la oportunidad única que nos ofrecía el mercado mundial? ¡Y cómo cambiaron las cosas en seis meses!

“Es el momento de hacer realidad la Argentina agroexportadora que soñaron nuestro abuelos” decía De Angeli, prefiriendo olvidar la cuestión, por ejemplo, de la soberanía alimentaria en la cual ellos jugarían un rol ineludible. Optan en cambio por una agricultura granaria y “granelera” cuyo viento se llevó ya hace años – y a pesar de tanta ayuda pública- a la mayoría de los mismísimos *farmers* norteamericanos.

El tema de esa preferencia por la agricultura “granaria-granelera”, es decir indiferenciada y muy adecuada para la producción a gran escala, plantea, además de un problema de política económica y de impacto social que a larga afectaría la continuidad de la agricultura familiar, un problema ecológico muy debatido que también pueda tal vez ser interpretado en clave de “alienación”.

Volvamos un poco sobre la cultura, de la cual hablaba hace un rato. El típico asado argentino es, como se sabe, británico por el ingrediente y vasco por la cocción, ya que ellos introdujeron la parrilla a mediados del siglo XIX. Antes el asado era a la cruz: cosa de milicos o reseros; en el rancho se cocinaba a la olla. Es más, recordarán ustedes que Félix de Azara contaba aquello de que los gauderios mataban las vacas sólo para cortarles la lengua, ingrediente que, como todos saben, no se puede asar. Cuando dejamos de ser grandes productores de bistec y pasamos a serlo de forraje, empezamos a descubrir las delicias y ventajas nutricionales de la milanesa de soja.

Si nuestra práctica gastronómica, algo indudablemente cultural, siempre fue un producto del mercado capitalista global ¿Porque habrían de tener entonces los chacareros –o los peones- una cultura económica –o política- autónoma de ese mercado? Y si la lógica cultural aparece así atada a la lógica económica ¿Cuál podría ser entonces la racionalidad ecológica de los productores familiares mercantiles que nacieron y se desarrollaron produciendo subordinadamente para el mercado externo y su cultura de consumo? Si toda subordinación implica una forma de alienación ¿Es sorprendente que la racionalidad ecológica del campesino esté también tan alienada como la racionalidad gremial del peón que viene, por intermedio de UATRE, en ayuda de su estanciero?

La evaluación que acabamos de hacer del rol de la Federación Agraria en el conflicto de este año como un actor muy activo y al mismo tiempo subordinado a intereses que estructuralmente no parecieran ser los propios de la clase que representa, no quiere ser, ni mucho menos, un juicio moral. Sólo se trata de comprender la lógica que orienta la acción. Nos interesó enfatizar en ello porque nos dejó pensando sobre otro aspecto de la problemática agraria actual que no fue muy tratado en el debate público, pero que está muy vigente en el debate académico y político de más amplio alcance. Y eso a pesar de que una de las intenciones explícitas de la famosa Circular 125, tenía que ver con la necesidad de

dirigir la “función-objetivo” de los agricultores para salir de la monoproducción sojera, más allá de la discusión de que el instrumento propuesto fuera o no el más adecuado para lograrlo.

La problemática a la que me refiero se vincula con la capacidad que tendrían las economías campesinas -o familiares- de asegurar una agricultura diversificada y durable –tanto en términos de soberanía alimentaria como de sostenibilidad ambiental- por efecto de una racionalidad propia que la distinguiría de la racionalidad económica capitalista.

La cuestión podría formularse así: ¿existe en verdad algo así como una racionalidad ecológica que en general, como tipo ideal, pueda ser atribuida a cada una de las distintas clases sociales agrarias y a los productores familiares en particular?

Cuando digo “racionalidad ecológica” me refiero tanto al comportamiento intencional de los agentes concientes de sus fines y medios en el plano de la relación trabajo-naturaleza (tomada como objeto o como medio de trabajo), como a la cuestión más específica de las consecuencias materiales de la misma para su futura reproducción.

Sin querer meternos ahora en cuestiones teóricas un poco complejas que pueden parecer de entrada demasiado alejadas del tema -aunque en realidad forman parte de la manera de construir el problema-, a lo que apunto es a tratar de ver si no existe una suerte de jerarquización de la capacidad decisoria de los agentes económicos en el sistema que lleva a que la racionalidad ecológica de algunos tenga un margen –incluso muy grande- de sobredeterminación sobre la racionalidad ecológica de los otros. O dicho de otra manera: en un sistema en donde existe un agente dominante ¿hay posibilidad para racionalidades alternativas sin modificar la jerarquía de los agentes?

Se puede formular una racionalidad campesina ideal-típica en torno a la economía de reproducción simple vs. acumulación ampliada del capital que, se podría suponer, sería más sensible a una agricultura sostenible de lo que le cabría a un agente capitalista obligado a una crematística creciente obtenible en cualquier rama productiva a la cual siempre se puede migrar. De hecho es lo que busca hoy el llamado “ecopopulismo” de un economista como Martínez Allier quien invoca directamente al pensamiento narodniki de Chayanov.

Tal vez, lo que en cambio me parece que no se puede es comprender la subjetividad real, y no sólo atribuible, de los agentes sin conocer el funcionamiento de la estructura social en la cual se desarrollan. Creo que en esto coincidiremos todos.

Y en realidad esto nos trae de vuelta a una vieja discusión entre partidarios y opuestos de Chayanov. Es una vieja discusión teórica que hoy puede sonar tal vez un poco Bizantina, pero creo que es ineludible traerla a cuento porque hay que delimitar el campo propio de esa estructura social de la cual hablamos. La discusión en cuestión tiene que ver con la siguiente pregunta: ¿es la economía campesina/familiar/doméstica un modo de producción o sólo una forma de producción inmersa y sujeta a un modo de producción más amplio? O, como dirían algunos, un modo de producción siempre secundario. Lo que equivaldría a decir

que no fue, es ni será una estructura social englobante como la que estamos refiriendo, o sea un modo de producción, con lo cual quedaría resuelta la cuestión de los límites de sus posibilidades para imponer su lógica de reproducción a todo el sistema.

Pero si aceptáramos que fuese un modo de producción (aún subordinado en las condiciones actuales) tendría una condición de posibilidad hegemónica. Y sería por definición un modo de producción que descartaría la acumulación y obligaría por lo tanto a la campesinización general de la población, haciendo factible la racionalidad ecológica campesina desde la actividad económica directa de cada uno. Es la utopía campesina que escribió Chayanov.

Ahora bien, si no se desechara una economía de acumulación –privada o social- como algo deseable, no veo cómo la economía campesina podría escapar a la racionalidad de aquellos agentes que fundan su actividad y su destino justamente en la acumulación. Eric Wolf suponía que la subordinación era el rasgo definitorio que distinguía al campesino del agricultor primitivo. Así, hoy los campesinos están literalmente “metidos” en la dinámica de la acumulación: ya sea derivando por descampesinización hacia la proletarianización, ya sea tratando de subsistir en las relaciones mercantiles donde están indirectamente subsumidos a la lógica del capital. En cualquiera de los casos son agentes alienados y por lo tanto no pueden practicar una racionalidad ecológica propia, a no ser que opten por una revolución cultural campesina con los riesgos polpotianos del caso.

La única alternativa de practicar una racionalidad ecológica propia, no subordinada, dentro del sistema, es acumular y eso es lo que defiende la Federación Agraria. Pero si la acumulación debe ser permanentemente creciente por efecto de la competencia de los agentes en el mercado, ya que todos tienen legítimo derecho a acumular, la sostenibilidad ambiental se encontrará necesariamente comprometida.

De modo que, de últimas, en un plano por supuesto abstracto, parecen quedar sólo dos salidas para resolver la actual tensión entre economía y ambiente : o nos hacemos todos campesinos o instalamos un monopolio absoluto en el mundo capaz de producir científicamente, regulando los límites y las formas de la acumulación. Si la primera no es posible y la segunda no fuese deseable, tal como parece ser el caso en nuestro siglo, a la producción familiar no parece quedarle mucha más alternativa que la adoptada por la Federación Agraria, es decir correr hacia adelante en el mercado. Y mucho me temo que por allí se le escape la racionalidad ecológica campesina al “ecopopulismo”.